

Lecciones irlandesas a la crisis española



«Aquí el problema son los polacos. Se registran para recibir las ayudas sociales y luego se vuelven a su país. Sólo vienen el día de cobro», me dice el taxista de camino al hotel (no hay servicio regular de autobuses porque los conductores están en huelga). «Es una locura que estas cosas ocurran precisamente en un país como éste», me comenta más tarde Lorcan Collins, el biógrafo de James Connolly. A pesar de todo, los comentarios negativos sobre los polacos, checos o nigerianos que viven en Dublín son marginales y aunque la xenofobia, a diferencia de otros países europeos, carece de expresión política, su sola aparición causa conmoción entre los irlandeses. «Yo vine a Irlanda después de que el ministro de Exteriores irlandés viniera a África buscando mano de obra barata», dice Abe, un “nuevo irlandés” de origen nigeriano. «Soy abogado de profesión, pero aquí tuve que trabajar de albañil o taxista. Ahora, con la crisis, algunos quieren que me vuelva a Nigeria. ¿Pero cómo? Mi familia está aquí, mis hijos nacieron en Irlanda, son irlandeses.»

Desde que estalló la crisis en el 2008, la economía de Irlanda se contrae, se acumulan los impagos, se producen desahucios aunque sobran casas, y, aunque el gobierno trata de maquillar las cifras, el desempleo ha aumentado y el paro juvenil se ha disparado: en Wexford alcanza el 47%, en Donegal es del 49% y en Limerick del 50%. Los jóvenes se ven obligados a emigrar, como sus antepasados, a los Estados Unidos (8.000 sólo el pasado año), Australia, Nueva

Zelandia o Sudáfrica. La agricultura, según el *Irish Times*, se resiente por el aumento del precio de los fertilizantes, y, debido al mal tiempo, este año se esperan malas cosechas. La dependencia del campo aumenta a medida que los brazos escasean y las familias esperan las remesas de los emigrados a la ciudad o al extranjero. El gobierno de los cristianodemócratas de Fine Gael y el Partido Laborista no se distingue del resto de países: aumenta los impuestos indirectos, recorta los servicios públicos y los salarios mientras aumenta la jornada laboral de los funcionarios.

A pesar de que el deterioro todavía no ha alcanzado los niveles del sur de Europa, nadie quiere oír hablar ya del “Tigre celta”: un 6'9% de la población vive en situación de pobreza y un 16% se encuentra ya en riesgo de exclusión. El alcoholismo, uno de los problemas históricos de la isla, golpea de nuevo fuerte a la sociedad irlandesa: según Alcohol Action Ireland, una persona fallece cada siete horas por una causa relacionada con el alcohol, culpable también de una de cada cuatro muertes entre los varones de entre 15 y 39 años. El alcohol funciona, hoy como ayer, como consuelo a la pobreza, pero también actúa como peligroso combustible de otros males sociales más difíciles de cuantificar como la violencia doméstica (de la que son víctimas 1 de cada 5 mujeres), el absentismo laboral, los accidentes de tráfico y los suicidios.

Irlanda es hoy un país moralmente abatido: la pequeña isla, orgullosa de su centenaria historia de lucha por la independencia, se enfrenta a una crisis económica y política que pone en entredicho muchas de las cosas en las que había creído hasta hace poco. El país está en el punto de mira internacional debido a su impuesto de sociedades del 12%, que creó una riqueza ilusoria y del que grandes multinacionales como Apple o Google se aprovechan para evitar el pago de impuestos en Estados Unidos o el Reino Unido. Aunque la bandera de la Unión Europea ondea sobre la mayoría de los edificios de la capital –Irlanda ocupa la presidencia de turno de la Unión–, lo cierto es que aumenta el escepticismo y el descontento, cuando no la rabia, hacia las instituciones comunitarias. «Yo antes creía en la Unión Europea», me comenta el tendero de una librería, «creía que era una unión de iguales, pero la crisis ha demostrado que en realidad es una jerarquía de países». La pérdida gradual de soberanía resulta especialmente dolorosa en un país que la conquistó después de haber librado durante siglos una lucha de David contra Goliat contra el Imperio británico. A pesar de las concesiones tras el “no” irlandés al Tratado de Lisboa –que contiene una cláusula que obliga a todos sus firmantes a contribuir a la política de defensa de la Unión–, Irlanda, junto con Finlandia el único país de la Unión Europea que no pertenece a la OTAN, ve amenazada su neutralidad histórica. El artículo 28º de la constitución irlandesa obliga a que el Dáil (parlamento) debata el envío de tropas, lo que forzó a Irlanda a contribuir a la guerra de Afganistán con seis simbólicos soldados. La cifra podrá resultar ridícula al lector, pero el envío de estos seis soldados ha costado hasta la fecha al erario público más de 6 millones de euros. En el 2003 el Dáil ya había autorizado el uso del aeropuerto de Shannon, en el oeste del país, para el transporte de tropas estadounidenses a Irak y a Afganistán (PANA, la Alianza irlandesa por la paz y la neutralidad, estima que más de dos millones de

soldados han sido aerotransportados desde Shannon a Afganistán e Irak). El uso del aeropuerto contravino la Convención de La Haya, que prohíbe el uso del territorio de un país neutral durante un conflicto entre dos países en guerra, y entra en conflicto con el artículo 29º de la Constitución. «Se nota incluso en el lenguaje», me explica el librero de antes. «Los oficiales que antes enviábamos para las misiones para el *mantenimiento* de la paz (*peace keeping*)», continúa, «ahora son oficiales para el *establecimiento* de la paz (*peace enforcing*)».

El avance del Sinn Féin

Los cambios sociales se traducen, lógicamente, en cambios políticos. La coalición con Fine Gael pasa factura al Partido Laborista, que sigue la tendencia del resto de partidos socialdemócratas europeos y se desploma en todas las encuestas. Por primera vez en la historia de Irlanda, Fine Gael (FG) y Fianna Fáil (FF), los dos partidos cristianodemócratas –cuya división se remonta a la guerra civil (1922-1923) dependiendo de su posición hacia el Tratado angloirlandés de 1921– se encuentran por debajo del 50% de los votos. El Sinn Féin (SF), el partido republicano socialista, hasta no hace mucho considerado marginal, con poca fuerza en el Sur y cuya imagen entre el electorado se resentía debido a su vinculación con el IRA Provisional, se convertiría según todas las encuestas en la tercera fuerza del país, sin verse afectado por las múltiples escisiones que ha sufrido, tanto por la izquierda (Éirígí en el 2006) como por la derecha (Republican Sinn Féin en el 1986), además de otras con menor peso (el Movimiento por la Soberanía de los 32 condados en 1997 y la Red Republicana por la Unidad en el 2007). Dependiendo de los resultados de Fianna Fáil, el SF podría convertirse incluso en segunda fuerza. El avance no sólo se explica por el programa político republicano y antineoliberal del SF, sino por el trabajo de base de sus militantes a pie de calle y su participación directa en la vida diaria de las comunidades.

Las elecciones de 2016 coincidirán además con el centenario del Alzamiento de Pascua, el acontecimiento fundacional de la República de Irlanda. El SF ha puesto en marcha una campaña cuyo fin es que ese mismo año se convoque una consulta a ambos lados de la frontera en la que se decida la unificación de Irlanda del Norte con la República de Irlanda o su permanencia en el Reino Unido, un referendo que la legislación del Acuerdo de Viernes Santo –del que este año se celebra su 15º aniversario– hace posible. Si el voto fuera favorable a la unificación –y todo apunta a que lo sería: sólo el 40% de los ciudadanos del Norte se considera británico–, se pondría fin a la separación entre la República y los seis condados del Norte, fuente de un conflicto que se ha cobrado más de tres mil vidas y causado más de cuarenta y cinco mil heridos. A favor del SF no sólo juega la tendencia demográfica, sino también la escasa simpatía que despierta internacionalmente la causa unionista, que pierde apoyo incluso entre los británicos. Peter Brooke, secretario de Estado para Irlanda del Norte entre 1989 y 1992, declaró en 1990 –ocho años antes, por lo tanto, del Acuerdo de Viernes Santo– que el Reino Unido no tenía «ningún interés estratégico o económico» en Irlanda del Norte y que el gobierno británico aceptaría la unificación si la población así lo decidía. La convocatoria del referendo escocés en 2014 podría acelerar las

cosas en el Norte del país, y, como además el SF es el único partido que ha mantenido vigente durante todo este tiempo la reivindicación de una república para toda Irlanda frente a la aceptación pasiva del estado de cosas al otro lado de la frontera, la sola convocatoria del referendo favorecería sus resultados.

Sin embargo, el Sinn Féin aún tendría que resolver la complicada papeleta de decidir entre formar parte de una coalición de gobierno prácticamente imposible con el Partido Laborista y Fianna Fáil, dos socios en horas bajas, y ello después de importantes concesiones programáticas –las anteriores llevaron a la pequeña coalición de izquierda radical United Left Alliance a conseguir tres diputados en el Dáil–, o ejercer presión sobre el gobierno ganador a la espera de formar un frente amplio con otros actores sociales, un dilema al que no son ajenos otros partidos de izquierda en Europa. Y, a pesar de notables avances en el terreno social –como la defensa del matrimonio homosexual–, el SF tendrá que dar una respuesta clara a cuestiones como la legalización del aborto –que la legislación irlandesa sólo contempla en caso de riesgo para la salud de la madre– y enfrentarse al arraigado catolicismo del país. Incluso si, de celebrarse, el referendo terminase con una victoria del “sí”, el proceso de unificación sería largo y complejo, en la que la integración de las comunidades protestantes no sería el único de los problemas a los que se enfrentaría la República, ya que sobre la economía de Irlanda del Norte pesan más 30 años de conflicto que se tradujeron en una crónica falta de inversiones y una economía de estado de excepción permanente en la que el 45% del empleo estaba relacionado con la seguridad. Los recortes del gobierno conservador-liberal británico a las subvenciones empeorarán previsiblemente la situación.

El espejo irlandés

Hay otros motivos para prestar más atención a la isla. Irlanda es para muchos el ejemplo por antonomasia de una larga lucha por la liberación nacional en Europa occidental. Una lucha que tuvo un importante componente social. Es sabido que la AIT prestó mucha atención a las actividades de los fenianos y que los propios Marx y Engels fueron grandes defensores de la independencia de Irlanda. Así, Engels a Marx en una carta fechada el 23 de mayo de 1856: «Irlanda puede considerarse la primera colonia inglesa, una que, debido a su proximidad, sigue siendo gobernada exactamente del mismo modo; aquí uno no puede errar a la hora de darse cuenta de que la así llamada libertad del ciudadano inglés está basada en la opresión de las colonias». Marx a Kugelman en una carta fechada el 29 de noviembre de 1869: «Cada vez estoy más convencido –y de lo que ahora se trata es de promover esa convicción entre la clase obrera inglesa– de que nunca serán capaces de hacer algo decisivo aquí, en Inglaterra, antes de separar su actitud hacia Irlanda de manera definitiva de la de las clases dominantes, y no sólo hacer causa común con los irlandeses, sino incluso tomar la iniciativa en disolver la Unión establecida en 1801 y sustituirla por una relación libre federal.» De no realizarse ésta, «el pueblo inglés seguirá siendo un instrumento de las clases dominantes porque estará forzado a hacer un frente común con ellas contra Irlanda. Cada movimiento de la clase obrera en Inglaterra se verá paralizado por

las desavenencias con los irlandeses, ellos mismos una parte importante de la clase obrera en Inglaterra.» Efectivamente, como observó años más tarde James Connolly –del que aparecerá una antología de textos en Tlalaparta este otoño traducida por Daniel Escribano y yo mismo–, la ausencia de una posición clara en el Partido Laborista, cuando no la defensa miope de la ocupación británica, hizo que durante años la clase obrera irlandesa votase al Partido Parlamentario Irlandés, restando escaños a una posible representación obrera en el parlamento. Fue justamente debido al inmovilismo del laborismo que el propio Connolly acabó fundando el Partido Socialista Republicano Irlandés (ISRP) y participando más tarde en el Alzamiento de Pascua al frente de la milicia sindical que contribuyó a crear, el Ejército Ciudadano Irlandés.

«Una clase que combate encarnizadamente todas las formas de opresión no puede mostrarse indiferente ante la opresión nacional», escribe Andreu Nin en *Los movimientos de emancipación nacional*, «no puede, bajo ningún pretexto, desentenderse del problema. La posición pseudointernacionalista, que *niega* el hecho nacional y preconiza la constitución de grandes unidades, sostiene en la práctica la absorción de las pequeñas naciones y, por lo tanto, la opresión». Más adelante, Nin se apoya en Lenin –«el derecho a la federación es, en general, un absurdo, ya que la federación es un contrato bilateral. Ni que decir tiene que en modo alguno pueden los marxistas incluir en su programa la defensa del federalismo en general»– para defender el derecho a la autodeterminación (incluyendo la separación y la constitución de un estado independiente), «infinitamente más democrático, en tanto que parte exclusivamente de la voluntad de la nación oprimida». Los bolcheviques encabezados por Lenin, escribe Nin, eran conscientes de que la burguesía aprovecharía la oportunidad para ocupar el poder y sustituir la dominación extranjera por la propia (una posibilidad contra la que Connolly nunca se cansó de advertir), y no «ignoraban el hecho de que nada es tan aleccionador como la propia experiencia y, otorgando a las naciones oprimidas una libertad ilimitada para dotarse del régimen que prefiriesen, contribuyeron a desacreditar a los partidos pequeñoburgueses, que en la práctica del poder demostraron su incapacidad orgánica y su inconsecuencia». Por ese motivo, cuando el primer Dáil –formado por los 69 diputados irlandeses que se negaron a reconocer la autoridad de Westminster– declaró la independencia y proclamó la República de Irlanda en 1919, el primer país (y durante más de una década el único) en reconocer a la joven república fue la República Socialista Federativa de Rusia, para el disgusto del Presidente irlandés, Éamon de Valera, que prefería el reconocimiento de los Estados Unidos.

Las lecciones también van en el otro sentido, por supuesto. Sobre todo cuando el referente estos días parece ser Kosovo –del que, más allá de su condición de protectorado de la OTAN en los Balcanes (si no de primer paso para la construcción de una Gran Albania), existen dudas más que razonables sobre su legitimidad como estado independiente– y no Irlanda, un país del que no se mencionan más que sus estereotipos (su conservadora moral católica, su atraso rural, el elevado consumo de alcohol, su folclore, etcétera), pero no (¿por qué será?) que no pertenece a la OTAN, que promueve el respeto al derecho

internacional y en el que, a excepción de los cuerpos especiales, la policía –que en gaélico recibe significativamente el nombre de “guardianes de la paz” (*An Garda Síochána*)– patrulla desarmada. Si un extranjero expresa su asombro ante este hecho, lo más probable es que su sorpresa se corresponda con el mismo sentimiento: «¿Y por qué deberían estarlo? La policía tendría que ser parte integrante de la comunidad y mediar en los conflictos». El republicano Michael Staines, el primer comisario de la *Garda*, afirmó que «la *Garda Síochána* ha de imponerse no por la fuerza de las armas o por su fuerza numérica, sino con su autoridad moral como servidores del pueblo.»

Otro ejemplo, aparentemente menor, pero no menos significativo: en la liga de la Gaelic Athletic Association (GAA), la organización que agrupa los deportes gaélicos, los equipos no pueden tener, por estatuto, patrocinador, ni los jugadores percibir salario. Los jugadores de hurley o fútbol irlandés juegan en uno de los equipos locales por el puro goce de practicar deporte. Ni siquiera las camisetas llevan su nombre. Se trata de evitar la “profesionalización” del deporte, que acarrea las perversiones que todos conocemos: los salarios multimillonarios, el dopaje para la mejora de resultados o, en definitiva, la pérdida del carácter popular del deporte. Que los jugadores sean “*amateurs*” no resta popularidad al juego, todo lo contrario: los partidos se retransmiten por televisión, los equipos cuentan con un considerable apoyo y Croke Park, el mayor estadio de Dublín, agota las 80.000 entradas para la final todos los años.

La lista podría continuar. Pero dejémoslo aquí, recordando un viejo lema feniano: *Beart de réir ár mbriathar* (“que la acción iguale nuestro discurso”).

Àngel Ferrero es miembro del Comité de Redacción de *Sin Permiso* y autor de *La quinta Alemania* (Icaria, 2013), co-escrito con Rafael Poch-de-Feliu y Carmela Negrete.

sinpermiso electrónico se ofrece semanalmente de forma gratuita. No recibe ningún tipo de subvención pública ni privada, y su existencia sólo es posible gracias al trabajo voluntario de sus colaboradores y a las donaciones altruistas de sus lectores. Si le ha interesado este artículo, considere la posibilidad de contribuir al desarrollo de este proyecto político-cultural realizando una **DONACIÓN** o haciendo una **SUSCRIPCIÓN** a la **REVISTA SEMESTRAL** impresa.

www.sinpermiso.info, 26 de mayo de 2013